

Es el Día del Juicio Final...

Él ha vuelto para juzgarnos

LOS CAMINANTES TEMPUS FLUGIT

CARLOS SISI

minotauro

LOS CAMINANTES
TEMPUS FUGIT

CARLOS SISÍ

Es el Día del Juicio Final... Él ha vuelto para juzgarnos

LOS CAMINANTES

TEMPUS FUGIT

minotauro

Primera edición: octubre de 2016

© Carlos Sisí, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Avda. Diagonal, 662-664, 7.^a planta. 08034 Barcelona

www.edicionesminotauro.com

www.planetadelibros.com

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0399-2

Depósito legal: B. 17.281-2016

Fotocomposición: Medium

Impresión: Egedsa

Impreso en España

Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

*Para todos los que acompañaron
a los héroes de Carranque hasta aquí.*

Para ti.

Gracias :)

INDICE

1. Algo malo de verdad	7
2. Gris e hinchada	26
3. Esperantum Uno	41
4. Fuegos de artificio	69
5. Los Cien Mil Hijos de Térmens	86
6. El asedio	108
7. La caída de CuraMed	121
8. El discurso del presidente	135
9. El monstruo de carne	146
10. Jam Caracol	156
11. El traje del emperador	169
12. En blanco bajo la lluvia	186
13. Más muertos que vivos	195
14. El Club de los Nostálgicos	212
15. Eutanasia	228
16. Los caballeros Jedi	239
17. <i>LUOTTAMUKSELLINEN</i>	255
18. Carranque está cerrado	275
19. Cruel bienvenida	291
20. La mujer desnuda	305
21. Aislados	316
22. El Álamo	333
23. Un relámpago de esperanza	354
24. Fuego hambriento	366
25. Desde arriba, otra vez	376

1. ALGO MALO DE VERDAD

1

Julio salió a la calle y miró al cielo. No se había quedado mal día, a pesar de todo. Pocas horas antes, el amanecer había revelado un cielo cubierto con una argamasa sucia y grisácea que había mantenido las calles en penumbra hasta prácticamente las nueve. Muy poco después, un trueno había retumbado en alguna parte, anunciando con estrépito una lluvia tan abundante como repentina. Las calles se llenaron de tráfico lento, pesado y ruidoso, enmarañado en una nube de humo de motor que olía a gasolina y se iluminaba con el color de las luces de los semáforos. La gente se lanzaba a la calle apresurando el paso para evitar calarse, pero sin conseguirlo. Ahora la lluvia había remitido dejando su recuerdo en forma de gotas que colgaban de los aleros de los edificios. El sol tejía en las aceras, pródigas en charcos, hermosos claroscuros, e incluso hacía buena temperatura. Casi parecía primavera otra vez.

Casi.

Aún quedaba un largo día por delante, sin embargo, y eso tenía más de octubre que de marzo.

Julio caminaba ahora por la acera, todavía húmeda. El olor rancio de los orines viejos se mezclaba con el frescor del agua recién caída, pero aun entonces era mejor que la pestilencia asfixiante que emanaban las manchas oscuras cuando el sol las castigaba a mediodía. Entonces los efluvios tibios traían vestigios intoxicantes de amoníaco, muchas veces insoportables de respirar. A Julio le gustaba la lluvia. Mucho. La lluvia limpiaba, y hacía que las cosas parecieran nuevas otra vez. Los perros que trotaban a buen paso tirando de sus amos por una ciudad que empezaba a despertar, no tanto. Ellos eran los artífices inequívocos de tanto mal olor. De todas aquellas meadas. De que su salón oliera a cuarto de baño de garito nocturno.

El sonido ululante de una sirena lo hizo mirar a su derecha, a tiempo de ver una ambulancia que avanzaba con lentitud entre el tráfico. Los coches se apartaban reticentes, como si protestaran. Negó con la cabeza; últimamente estaba viendo demasiadas ambulancias por todas partes. Carraspeó incómodo preguntándose si las meadas de los perros no tendrían algo que ver. Tal vez no las meadas, pero sí el estado de las calles, de la ciudad en general.

Esas cosas, la ponzoña vergonzosa de una sociedad enferma, producían enfermedades. Todo su barrio era un meadero, un barrio sucio, lleno de gente sucia, zafia y descuidada. Las basuras se acumulaban en los contenedores desde por la mañana, las aceras se colmaban de porquerías, papeles, colillas y esputos; los vecinos, la mayoría en el desempleo, salían desaliñados a media mañana a llenar sus carros de compra para producir todavía más bolsas de basura, cuando no ocupaban los bares durante casi todo el día, bares que emitían un detestable olor a fritanga y que dejaban un cementerio de servilletas mugrientas alrededor de la entrada. Eso cada día. Uno y otro día, sin variación, fuese martes o domingo.

Julio quería mudarse. Acabaría enfermado también él. Había otras zonas en la ciudad donde las cosas eran diferentes, pero no podía permitirse otro barrio. Con lo que pagaba de alquiler en aquella zona no podría pagar ni la silla de una inmobiliaria en cualquier otra parte. Era una mierda. Una mierda que olía tan mal como toda aquella calle.

Estaba mascullando algo cuando un golpe sordo hizo que volviera la cabeza otra vez. La ambulancia se había detenido y se mecía con suavidad, como si se hubiera dado un golpe con un vehículo. Pero no había ocurrido nada de eso porque los otros coches permanecían en su sitio. Había presenciado esas situaciones en muchas ocasiones, y en todas ellas los conductores habían salido con furiosa brusquedad de sus coches, las venas hinchidas decorando sus cuellos, tan ávidos como coléricos. En esas circunstancias nunca había nada accidental: rozar la carrocería de la tartana de alguien parecía ser motivo más que suficiente para llegar a la sangre.

Siguió mirando. La ambulancia volvió a sacudirse sin que nadie la tocara, y Julio comprendió que el golpe debía de venir de dentro. Había retumbado con la musicalidad de un mamparo de metal. Otras personas se habían detenido en las aceras para mirar con curiosidad.

—¡Carajo! —exclamó alguien a su lado.

Era un señor mayor, con una recortada barba blanca cuyo vello se erizaba como púas de metal. Las arrugas eran surcos profundos en sus facciones castigadas por el sol. Julio percibió que olía a pescado.

—A ver si se están dando de hostias —añadió riendo.

Julio no dijo nada. Estaba a punto de seguir caminando hacia su trabajo cuando un nuevo golpe hizo estremecer toda la estructura. La sirena tartamudeó agónicamente y se detuvo con una caterva final de chirridos electrónicos. Julio dio un respingo.

—¡Bueno! —soltó el anciano.

Para entonces, muchos de los transeúntes se habían detenido por completo, expectantes y curiosos.

La puerta del conductor se abrió y un hombre descendió del vehículo para dirigirse a la carrera a la parte de atrás. Estaba a punto de abrir las puertas cuando éstas parecieron explotar y abrirse con violencia: una de ellas lo alcanzó en la cara y lo hizo retroceder. La otra rebotó contra el lateral de la carrocería y retrocedió regresando a su lugar.

La gente seguía mirando, atónita, como si asistiera a un improvisado espectáculo que unos actores hubieran organizado en la calle; quizá por eso nadie hacía nada.

El conductor no se había repuesto del todo cuando un hombre saltó del interior y se situó junto a él. Julio vio la sangre en su ropa y en su cara casi de inmediato, y comprendió la escena: un hombre violento, herido, que está siendo transportado al hospital, recupera la consciencia y arremete contra el sanitario que lo atiende. Empiezan a pelear. PUM. PUM. Golpes contra la estructura a un lado y a otro. Ahora lo veía en la expresión de su cara: los ojos abiertos y despavoridos, el cuello estirado como un ariete a punto de embestir, las manos crispadas.

—¡Que lo mata! —exclamó de nuevo el anciano, y se echó a reír.

Qué ciudad de mierda, pensó asqueado en el mismo instante en que el herido se lanzaba contra el conductor. Gritos de alarma recorrieron las hileras de curiosos que observaban desde las aceras. Algunos corrieron para asistir al conductor, otros empezaron a trastear con sus móviles.

Julio ya había tenido bastante. Mientras el griterío aumentaba a su alrededor y algunos se acercaban corriendo para ver qué pasaba, desvió la mirada al suelo y siguió su camino hacia la parada de autobús. El mundo podía irse a la mierda un poco más cada día, pero si llegaba tarde a su trabajo, la mierda caería sobre él.

2

Cristina tenía solamente ocho años, pero miraba a su abuelito con ojos empañados de un terror tan exacerbado que casi parecían velados por una suerte de pátina mugrienta. No sabía qué le pasaba; había empezado a retorcerse de una manera tan divertida que Cristina había espurreado su leche con ColaCao mientras una risa escapaba de su garganta. Luego, su cara había cambiado para dibujar unos rasgos que la niña no le había visto hasta entonces. Se puso rojo, de un rojo encendido, y parecía que le dolía algo.

Doler de verdad, se dijo, no como cuando se caía y se raspaba la rodilla. Cristina pensó que estaba enfadado con ella por haber rociado leche por toda la mesa, pero luego desechó la idea. A su abuelito le pasaba algo, algo malo de verdad, y se asustó muchísimo.

Su madre dijo un montón de cosas mientras revoloteaba a su alrededor. Cosas complicadas de médicos. Estaba asustada, mucho, y corrió al teléfono para hablar con alguien. Abuelito dejó de moverse; escupió un moco blanco y espeso por la boca, fijó los ojos en ella y... eso fue todo. La madre chillaba al teléfono, usando palabras como «ataquealcorazón» y otras peores que la hicieron asustarse aún más. «Infarto.» «Socorro.» «Dense prisa.» «Busquen una jodida ambulancia para mi padre por el amor de Dios.»

Cristina se acercó a su abuelo, dando pequeños pasos por la moqueta del salón. Un pasito. Otro pasito. Cada pasito, un deseo. Por favor, por favor, que mi abuelito esté bien. Otro pasito, otro deseo. Por favor, abuelito, me estás a-sus-tan-do. Otro pasito. Los ojos empezaban a construir un dique de lágrimas.

—¿Abuelito? —lo llamó, tímida.

Mamá chillaba todavía al teléfono. Llevaba un buen rato, cada vez más asustada y usando palabras más feas.

—¡¿Cómo que no hay ambulancias?! —gritaba—. ¡¿Está de broma?! ¡No vuelva a colgarme o le juro que iré allí y les arrancaré el corazón para dárselo a mi padre!

—Abuelito...

Su abuelito se sacudió con un espasmo. Cristina dio un pequeño respingo, pero se quedó quieta y callada porque no sabía si eso significaba que su abuelito estaba mejor o era algo todavía más malo. Volvió la cabeza para mirar a su madre, y la descubrió mirándola con perplejidad, los ojos cubiertos de lágrimas brillantes, y una mano sobre la boca ahogando un llanto.

El abuelito volvió a sacudirse, esta vez estirando los brazos sobre las orejas de la butaca y echando la cabeza hacia atrás. Dejó escapar una especie de gemido que sonaba como el agua colándose por un sumidero. A Cristina no le gustó, era un sonido que daba miedo, pero a mamá debió de parecerle otra cosa, porque colgó el teléfono y corrió hacia él mientras se rendía a un llanto desconsolado.

—¡Papá, papá!, decía.

»Papá, gracias a Dios que estás bien.

»¡Papá, qué susto me has dado!

»Oh, papá.

Cristina aún miraba cuando, a modo de justicia divina, su abuelito espurreó la sangre de mamá sobre ella.

Y eso... Oh, eso era algo malo de verdad.

3

El aparato de televisión, que era todavía viejo y tenía el tamaño de una pequeña caja fuerte, emitía una transmisión de emergencia de la que se hacían eco todos los canales.

—«... para ello, el gobierno acaba de solicitar del Congreso de los Diputados la autorización para declarar el estado de excepción. Repito, estado de excepción. El Congreso, reunido en estos momentos para debatir la solicitud, podrá aprobarla en sus propios términos o introducir modificaciones en la misma. De obtener la autorización, procederá a hacer la declaración de manera oficial, acordando para ello en el Consejo de Ministros un decreto con el contenido autorizado por el Congreso de los Diputados.»

Pero no había nadie en el salón que hiciera caso a la tele. Los cajones donde se guardaban las fotos familiares, abiertos y vaciados con urgencia, daban testimonio silencioso de que nadie pensaba volver; al menos, en bastante tiempo.

4

Celeste no daba crédito a sus ojos. No quedaba ni una botella de agua en los estantes, ni de las pequeñas ni de las grandes. ¡Ninguna! La visión de las enormes baldas blancas desprovistas de contenido la había dejado perpleja. ¿Cómo era posible que en una situación de emergencia como aquella no hubiera agua, por el amor de Dios? Oh, no pensaba pagarlas, por supuesto; casi nadie lo estaba haciendo. La gente se limitaba a salir corriendo empujando sus carros cargados de comida mientras los responsables de la seguridad iban y venían haciendo grandes aspavientos. Uno de los chicos de seguridad estaba apoyado contra la pared atendido por un compañero, con una catarata de sangre resbalando desde la frente. No era su maldito problema: ella quería agua, porque su marido, el Antonio, le había dicho que se acercaban tiempos difíciles, y que no estaba seguro de que los grifos siguieran suministrando en los próximos días, o semanas, lo que quiera

que durase esa situación. El agua era importante. Había visto en la tele que una persona podía aguantar varios días sin comer, ¡hasta quince!, pero que sin agua te apagas como una puñetera vela. Te arrugas. Te deshidratas.

¿Qué pasaba con el agua?

Miró alrededor, indignada. Ni siquiera había nadie a la vista a quien protestar, y las cajas, por lo que parece, se habían retirado a la oficina para estar a salvo de la gente.

Un tipo vestido con un chándal de colores estridentes pasó a su lado cargado con un par de exprimidores eléctricos, le rozó el brazo y la hizo chasquear la lengua con un gesto de enfado. El idiota sonreía como si le hubiera tocado la lotería. ¿Para qué querría los exprimidores?, se preguntó. ¿Quizá tenía pensado encerrarse en casa con varias toneladas de naranjas a esperar a que la crisis pasara? Celeste negó con la cabeza.

Entonces vio otra cosa. Algo que la sacudió como un relámpago cargado de electricidad. La alcanzó de lleno y cambió su estado de «indignada» a «cabreada-que-te-cagas». La rabia se apoderó de sus mejillas y las hizo brillar como almenaras en mitad de la noche. Frunció el ceño, una corona perfecta para los labios entreabiertos alrededor de una serie de dientes a la vista. Aquel tipo que pasaba al fondo del corredor... Oh, aquel tipo llevaba un carro cargado hasta arriba de botellas de agua. Había tantas que las que estaban abajo estaban empezando a gotear. Había tantas, que las ruedas chirriaban penosamente intentando soportar el peso.

Maldito hijo de puta.

Hijo de puta codicioso y egoísta.

Celeste se dirigió hacia él dando grandes zancadas por el pasillo. En alguna parte a poca distancia alguien estaba gritándole a otro; se oían los golpes y los insultos, y el ruido tintineante de un centenar de latas cayendo contra el suelo. Sin embargo, en la bruma colérica que incendiaba su mente, Celeste sólo oía los borbotones líquidos de sangre colmando su corazón de una rabia creciente. Eso era todo. No pensaba; no sabía lo que iba a hacer. No tenía ni idea de lo que le diría a aquel hombre que empujaba con esfuerzo el carrito lleno de botellas de agua.

Cuando estaba llegando a él, extendió el brazo y tomó un enorme bote de tomate de la estantería, sin mirar, para asirlo con fuerza entre los dedos. Se sentía como si llevara una maza, como si el puño se le hubiera transmutado en acero, y puede que fuese la algarabía incesante que tenía alrededor, o que estaba cansada, catorce meses cansada de que su marido estuviera en paro y su hija se hubiera quedado embarazada del idiota que vendía mulo desde su despacho profesional ubicado en el maletero de su

Opel Corsa, o puede que fuese otra cosa. Pero cuando se acercó lo suficiente, levantó el bote sobre su cabeza y su brazo cogió impulso.

El bote perforó el aire como un proyectil medieval, adquiriendo velocidad y precisión. Una especie de trayectoria elíptica que terminó por alcanzar al tipo en la cabeza. Celeste sintió la reverberación del golpe por todo el cuerpo, acompañado de un sonido orgánico y apagado. El hombre se estremeció brevemente y cayó al suelo, quedándose clavado de rodillas. La sangre empezó a manar abundante desde algún lugar bajo su cabello. Abrió la boca como si fuese a decir algo, pero no tuvo tiempo.

—Hijo de puta egoísta —graznó Celeste mientras levantaba el brazo de nuevo. El bote centelleó brevemente como una espada forjada por un rey arcano antes de descender. El impacto fue como un mazazo. El hombre salió despedido hacia un lado, sacudido por un espasmo nervioso que hizo estremecer sus extremidades como si fuera un muñeco de trapo.

Y el suelo se cubrió de sangre, que se apresuró a manar de las heridas abiertas. Negra y espesa, evolucionaba lentamente sobre las baldosas blancas.

Celeste pestañeó.

—No debería haber hecho eso —dijo alguien a su lado.

Se trataba de un hombre con una acusada calvicie; el pelo que nacía de las sienes le caía en greñas sobre los hombros. No podía dejar de mirar el cadáver, pero retrocedía lentamente.

—Se levantará... Va a levantarse. ¿Es que no ha visto las noticias? —dijo.

Celeste miró el bote de tomate en su mano y lo dejó caer con una repentina sensación de asco.

—Tenía toda el agua —exclamó dubitativa—, ¿sabe?

—Vete... —susurró el hombre. Levantó los brazos y gritó—: ¡Todo el mundo tiene que irse!

Celeste se quedó mirando el cuerpo desmadejado en el suelo, como si no entendiera lo que estaba mirando o lo que acababa de pasar. Tampoco entendía lo que el hombre acababa de decir, pero eso era lo de menos: hacía mucho que había perdido la capacidad para entender nada ni a nadie. La gente... La gente se fijaba en gilipollices y hablaba, por supuesto, de ellas. Era lo que hacían durante todo el día, hablar de cosas aburridas que no iban con su vida. Para Celeste, el mundo se había ido al garete hacía ya mucho tiempo, mucho antes de que aquel caos se adueñara de las calles.

Y el caos...

Miró alrededor.

La gente seguía atendiendo sus cosas. Caminaban con urgencia en busca de los productos que les interesaban, algunos mirando temerosos a su

alrededor, como si temiesen resultar dañados en mitad del jaleo; otros con una sonrisa torcida, como si fuesen conscientes de que aquella oportunidad de coger lo que quisieran sin pagar fuese única y breve, que en algún momento vendría la policía, alguien.

Lobos y corderos.

Pero nadie parecía fijarse en ella, o en el hombre en el suelo. Nadie.

—A la mierda —gruñó con satisfacción.

Se dirigió hacia el carrito y empezó a coger botellas de agua, apilándolas entre sus brazos. El agua estaba bien. Haber dado su merecido a aquel egoísta hijo de puta, también.

Pero el egoísta hijo de puta, como había augurado el hombre calvo, volvió.

5

Moreno no había corrido así desde la primera comunión, cuando jugó a un enloquecido pilla pilla con otros niños. Pero ahora había corrido por su vida, perseguido por su vecino, y el miedo había puesto alas en sus pies. Cómo había corrido. Había corrido tanto que a cada paso que daba las piernas parecían querer salirse de su sitio, los tobillos le flaqueaban y los pies tocaban el suelo en cualquier posición, como si fueran a descoyuntarse. La respiración era inexistente, el dolor en el pecho y el costado, lacerante, pero sus ojos giraban vertiginosamente en las órbitas buscando una salida y su mente galopaba sobre un simple concepto: CORRER.

Su vecino había cambiado. Ahora gritaba a su espalda expulsando espumarajos de sangre por la boca, los ojos blancuzcos y las manos tendidas hacia él, los dedos trocados en estiletes punzantes que ansiaban hundirse en su carne. Moreno no sabía lo que le había pasado, pero lo había visto con la cara hundida en el cuello de una chica de dieciséis años que se llamaba Paola, y eso había sido todo. El recuerdo de las tardes de fútbol y las risas en el bar quedaban muy atrás.

Moreno cerró la puerta de su casa tan pronto cruzó el umbral. Un instante después, ésta se sacudió con una violencia desmedida, amenazando con salirse de sus goznes. Moreno dio un respingo, pero extendió los brazos y emplazó ambas palmas sobre la hoja, apretando mucho los dientes y cerrando los ojos como para ayudarlo a mitigar el dolor. Los alocados latidos de su corazón tañían al ritmo de la misma frase repetida una y otra vez. «Dios mío.» «Dios mío.» «Dios mío.»

Fuera, en alguna parte, el sonido de un disparo llenó el aire, seguido de gritos y el chirriar de unos neumáticos sobre el pavimento. La puerta seguía acosada, restallando cada pocos segundos por unos puños cerrados. Su vecino empezaba a aullar como un animal enloquecido.

—¡Fernando! —gritó—. ¡Fernando, soy yo, coño!

Fernando respondió con un alarido infernal que lo hizo encogerse sobre sí mismo.

—Fer... Fernando...

Moreno empezó a llorar.

6

Mamá y papá están enfadados. Mucho. No me gusta cuando mamá y papá se enfadan porque gritan y luego nadie habla durante mucho tiempo. A veces papá sale de casa y tarda mucho en regresar, y oigo cómo mamá llora en la cama. Hace tiempo que no llora, y no sé si eso es peor.

Hace días que papá no va al trabajo y mamá no sale de casa tampoco. En la calle hay ruidos y todo asusta un poco, pero papá dice que no hay que preocuparse. Mamá quiere ir a casa de los abuelos, pero papá no quiere que salgamos. Ni siquiera estoy yendo al colegio. Me gustaría llamar a mi amigo Marcos por teléfono, pero no funciona.

Hoy hemos comido pasta, pero sin tomate. Mamá dice que irá a comprar pronto. Espero que sea así, porque se ha acabado la leche y no me gusta la leche condensada. Tampoco hay agua en la cisterna, y ESO SÍ QUE ES UN PROBLEMA. Es asqueroso cuando tienes que hacer pipí y el váter está lleno de papel. ¡La caca de papá huele fatal!

Creo que es por el bebé. Mi hermanita huele muy bien, y cuando la miras te hace sentir cosquillas en el estómago. Quiero que esté bien y que sonría, pero últimamente llora todo el tiempo y papá y mamá suelen pelearse cuando llora demasiado. Le he pedido que no llore, le he prestado mi súper Obi Wan Kenobi especial, pero no sé si me hace caso. Creo que no entiende aún las palabras porque es un ESTUPIBEBÉ.

Mamá dice que no tiene leche. Supongo que el bebé no puede tomar leche condensada.

Espero que papá me cuente un cuento antes de dormir. Prefiero la tele, pero tampoco funciona ya.

ES DE NOCHE ahora. Papá y mamá han discutido muchísimo. Han gritado muy muy fuerte, y hasta han roto algo, creo, por los ruidos. Me ha

dado miedo, me ha dado mucho miedo, y mañana voy a decirles que no deben pelear tanto porque el BEBÉ SE PONE *TISTRE* y eso es muy malísimo. La abuela dice que los bebés deben tener infamias felices. Yo tampoco soy muy feliz ahora.

PAULA LLORA MUCHO. No me dejan levantarme de noche. Papá se enfada si me ve «enredando» en la cunita, pero como no vayan pronto me levant...

MAMÁ ESTÁ YENDO A POR EL BEBÉ. He oído su puerta y sus pasos por el pasillo. Ahora podré dormir.

EL BEBÉ YA NO LLORA. ¡BIEN!

Hasta mañana...

7

Una mujer se paró delante de él y lo sujetó por los hombros. Su cara era una especie de pergamino blancuzco y arrugado, sus ojos negros centelleaban en un pequeño lago blanco. Era desagradable, olía a sudor y en las comisuras de sus labios había rastros de saliva reseca. Benjamín sintió repugnancia. Estaba demasiado cerca, demasiado. Sintió el impulso de empujarla y apartarla, pero aún llevaba el uniforme, y a pesar del caos seguía siendo un policía.

—¡Haga algo! —chillaba la mujer—. ¡Necesitamos ayuda!

—¡Cálmese! —exclamó él.

La radio sujeta a la jarretera del hombro no dejaba de sonar. No había parado en todo el día, y estaba seguro de que ese sonido crepitante conseguiría volverlo loco. ¿En la central no habían comprendido que no daban abasto?

—¡Es su compañero! ¡Se ha vuelto loco!

El policía miró hacia la calle. El coche patrulla estaba aparcado delante del local, pero la puerta del copiloto estaba abierta y no había ni rastro de los dos agentes. Ni rastro. Habían pedido ayuda por radio y eso era todo.

Era ese tipo de situación que lo pone a uno frenético.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—¡Entraron ahí, en mi tienda! —respondió la mujer atropelladamente. El policía no podía dejar de mirar la saliva reseca en sus labios. Era tan desagradable... como hipnótico.

—¡Oímos disparos y nos quedamos fuera, como nos dijeron que hiciéramos! ¡Pero pasaron veinte minutos y no salían, así que mi marido entró en el local!

—¿Su marido está dentro? —quiso saber el policía.

—¡Sí, sí! ¡Y también mi hijo! ¡Ese... chorizo mangante quería llevarse la caja, y mi marido le disparó!

El policía sacudió la cabeza. Ya sabía lo que venía a continuación: un montón de información inconexa en la que las partes esenciales de la historia serían arrojadas sobre la mesa en trozos dispersos, ininteligibles. Le llevaría unos buenos diez minutos entenderlo todo, y eso haciendo las preguntas adecuadas. Sin embargo, el tiempo era esencial: un agente había pedido refuerzos en una situación de violencia y había desaparecido en el interior de un pequeño bazar lleno de estrechos corredores y productos de todo tipo, con un sujeto armado y predispuesto a la violencia. Eso por no mencionar todo lo demás. La central lanzaba solicitudes de intervención a razón de diez por minuto, y no eran precisamente disputas por un aparcamiento. El mundo, se dijo, se estaba yendo a la mierda.

—Señora, quédese aquí tranquila —exclamó mientras echaba mano a su pistola—. Mi compañero y yo vamos a entrar ahí, ¿de acuerdo?

—¡Saquen a mi familia de ahí! —sollozó la mujer mientras sufría un espasmo—. ¡Sáquenla!

Le bastó una mirada a su compañero para iniciar el procedimiento de aproximación: las pistolas desenfundadas pero bajas, evitando una línea directa con el umbral, uno cubriendo al otro. Iba a soltar el rollo reglamentario cuando divisaron una figura cerca de la puerta de entrada.

—Tío, ¿ése no es... Paco? —preguntó su compañero.

El policía miró. Parecía Paco. Tenía los mismos brazos hinchados por demasiadas horas de gimnasio, recorridos por venas del tamaño de macarrones italianos, y la camisa pegada al cuerpo.

—¡Compañero! —lo llamó.

La figura se volvió hacia la puerta con un giro inesperado, casi como si saltara sobre sus dos pies. Tenía los brazos arqueados y estaba ligeramente encogido. La postura le recordaba a la de un animal.

—Es Paco... —confirmó el policía.

Paco lanzó una especie de grito ronco y se lanzó hacia fuera. Verlo venir a la carrera era como ver una locomotora precipitarse hacia uno. El policía se quedó confuso y perplejo. Debía de haber pasado algo muy grave para que Paco saliera corriendo así de un local.

—Coño —soltó.

Paco no se detenía. Su mirada era una completa colección de arrugas alrededor de la nariz. Los ojos hundidos en un mar de carne. Sus dientes expuestos parecían revestidos de rabia.

–Apártate –exclamó su compañero con voz ronca–. ¡Atrás!

Pero se trataba de Paco. Paco le había regalado las ruedas nuevas de su quad, había hecho rutas con él por el pantano del Chorro; Paco había ido al cumpleaños de su hijo y lo ayudó a salir airoso de aquel asunto con aquella guiri hija de puta en la feria de Málaga, la cabrona de coño estrecho que casi le arranca la polla cuando él y unos cuantos...

Era Paco.

Paco llegó hasta él y no se detuvo. El encontronazo lo hizo salir despedido hacia atrás, recorrer un metro y medio en el aire y caer de culo contra el suelo. El golpe le arrancó desquiciantes dentelladas de dolor en la espalda. Dejó escapar todo el aire con una expresión estúpida mientras la pistola se le escapó de la mano alejándose por el suelo un buen trecho.

Paco no desperdició ni un segundo. Antes de que ninguno de los agentes pudiera reaccionar, estaba ya subido a horcajadas sobre su amigo. Su comportamiento era tan hipnótico como aterrador. La mujer miró desde la acera, dos vecinos de la calle lo vieron desde el flanco oriental, y un par de niños atraídos por la excitación de ver coches aparcados contemplaron la escena desde el otro lado. Paco no mordía, pero tampoco golpeaba. Sus brazos se movían como describiendo círculos en el aire, y cada vez que sus manos incidían en la cara de su amigo había una explosión de partículas de sangre. Los ojos desaparecieron anegados en el líquido vital, la mejilla derecha se desgarró dejando al descubierto los dientes, los gritos llenaron la calle.

El policía murió mucho más tarde, desangrado lentamente en la acera, torturado por un dolor lacerante producido por las heridas en el rostro y el pecho. Para entonces, su compañero, los niños y algunos vecinos, habían abrazado ya el oscuro olvido de la muerte.

8

Las sirenas aullaban por todas partes. Aún.

Y todavía había movimiento por las calles, gente que iba, que venía, cargando con trastos, bultos y maletas como pequeñas hormiguitas ocupadas en trasladar las valiosas larvas presintiendo que se avecinaba una tromba de agua. En la trastienda de sus procesos mentales sabían, de manera inequívoca, que la situación estaba cambiando con demasiada rapidez; que la vida como la conocían había terminado de manera abrupta y definitiva, pero aun entonces seguían bailando al son de los viejos ritmos, fingiendo que todavía había unas pautas de vida que mantener y alimentar.

E incluso en aquellos días de octubre, tanto los negocios locales como las grandes superficies todavía abrían sus puertas, pese a que las noticias eran cada vez más desconcertantes y el público en general empezaba a comportarse de manera algo nerviosa: alguien quiso llevarse una docena de garrafas de agua por la fuerza y tuvo que ser reducido por los servicios de seguridad del edificio. Esa situación duró poco. Algunos empezaron a dejar de acudir a sus trabajos, y cuando el estado de excepción fue declarado, dejaron de abrir las puertas.

La gente, sin embargo, seguía necesitando alimentos y agua, y con el estrés de la situación y la notable ausencia de efectivos policiales o fuerzas de seguridad, las persianas de los establecimientos empezaron a caer al suelo, entre otras cosas.

Era el caos. El estado de excepción, sin fuerzas de seguridad que lo garantizara, trajo como consecuencia la ley del más fuerte. Los débiles, los ancianos, los enfermos, eran apartados, empujados, superados. Los hombres arrastraban bolsas, maletas y carritos fuera de los centros comerciales; a los débiles, lo poco que conseguían les era arrebatado.

Y en esas trifulcas algunos morían, pero no se quedaban muertos mucho tiempo. Regresaban, confusos y desorientados al principio, henchidos de un odio sobrenatural cuando miraban alrededor y se sumergían en situaciones de violencia a menudo abigarradas de gritos, carreras y disparos. Entonces reaccionaban, lanzándose como resortes hacia la primera persona que tenían a mano y entregándose a un festival de sangre. Las manos arañaban, los dientes mordían, la carne era arrancada entre explosiones de un dolor atroz. Y cada muerte engendraba diez más, atendiendo a una proporción aterradora que creaba en las ciudades puntos negros cada vez más grandes y peligrosos.

Los centros comerciales no tardaron demasiado en ser inalcanzables, como muchos otros lugares clave. La resurrección de los muertos hizo que proliferaran esos puntos negros, que crecieron al abrigo del desconcierto, investidos de sangre y terror. En Málaga estaban ubicados en la zona centro, sobre todo en áreas comerciales y también cerca de los hospitales. Conscientes de la importancia de mantener los centros hospitalarios a salvo, las fuerzas de seguridad del Estado hicieron lo imposible por mantenerlos alejados de los ataques de los ciudadanos que se veían afectados por lo que se dio en llamar «la Pandemia Zombi», pero sin éxito. Muy pronto fueron conscientes de que los hospitales era insalvables, porque los muertos acechaban desde el exterior, pero también en el interior, por todas partes.

Muchos soldados y policías desertaron de sus filas y consiguieron mantener consigo las armas y la protección con la que contaban.

La ciudad se había rendido.

Todo el mundo se rindió.

9

Urighuen recuperó la conciencia como quien da pequeñas bocanadas de aire bajo una ola. A ratos se perdía en una bruma neblinosa y confusa, y a ratos tenía imágenes intermitentes de lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Pero ni siquiera éstas lo alcanzaban plenamente todavía; le llegaban de un modo confuso, como quien está quedándose dormido y se pierde en el runrún lejano del televisor.

Tardó todavía unos instantes en regresar, acunado por gritos y sonidos retumbantes que, de vez en cuando, estallaban en alguna parte. Cuando empezó a recordar realmente dónde estaba y lo que había ocurrido, se sacudió estremecido y abrió los ojos de par en par.

Estaba en el infierno. Eso era: el infierno.

No se le ocurría una palabra mejor, y lo que veía desde su posición, tumbado en el asfalto de una calle malagueña, no ayudaba a dispersar la imagen. A la derecha, un edificio en llamas arrojaba unos tonos dorados sobre el asfalto brillante, no de lluvia sino de sangre, sangre que manaba despacio de los cuerpos que yacían por doquier, caídos en posiciones imposibles a la vista, con los brazos descoyuntados y las piernas plegadas sobre sí mismas.

Y él... él era otro cuerpo más, emplazado en mitad de la calle, sucio, herido y desatendido entre un espectáculo tan atroz como enloquecedor. Estaba vivo, sí, pero había sido dejado a su suerte en medio de un montón de cadáveres. Una mujer con el cabello oscuro como la noche que cubría el cielo lo miraba con un único ojo sano: el otro era una oquedad inmundada de fondo inescrutable.

Urighuen quiso gritar. Quería gritar, porque el terror y el asco se abrían paso por su interior como una corriente de agua en una tubería, pero no podía. Estaba paralizado. Las manos le empezaron a temblar descontroladamente, la mandíbula inferior se le movía como si tuviera vida propia mientras los ojos giraban frenéticos en sus órbitas, y su respiración se convirtió en una cadena de desconcertadas y rápidas inspiraciones.

Tardó todavía casi medio minuto en comprender que aún... seguía allí. Aún no había pasado. El infierno estaba todavía ocurriendo en ese momento,

a su alrededor, con todas esas figuras siniestras moviéndose espasmódicamente de un lado a otro, como si les costase llevar a cabo el más nimio movimiento. Hombres y mujeres que no hacía mucho habían andado por las calles, tomado café en soleadas terrazas y presentado carnets de socios para obtener descuentos en los supermercados se movían ahora como espectros sacados de una película de terror, las caras perdidas mirando al cielo, a una fachada o a ninguna parte; los brazos recogidos contra el cuerpo, los hombros encumbrados, arrastrando una pierna inerte o, por el contrario, lanzándose a una persecución imposible hacia la más mínima fuente de sonido.

Urighuen recordó de pronto las cosas que había visto. Había visto... dientes, garras, había visto tanta sangre que el olor había terminado por impregnarlo todo, olor a golpe en la nariz, a sebo, a carne cruda. Todo eso acudió a su mente como si alguien hubiera abierto una puerta y hubiese dejado pasar una siniestra comitiva de miedo, tan visceral y profundo que Urighuen se vio obligado a vomitar una bilis espumosa y sin sustancia.

—Sssssh.

Urighuen se detuvo en su movimiento de limpiarse la boca con la manga. El sonido le había hecho dar un respingo. Su mente compuso una escena con una boca ensangrentada susurrando cerca de su cuello. Pensó que lo habían descubierto, que aquellos monstruos, vampiros..., seres, habían reparado en él. Al fin y al cabo, el sonido era arrastrado y sibilante como el de una serpiente, y su memoria evolutiva le gritaba PELIGRO.

Se dio la vuelta para mirar alrededor, entre los cadáveres, pero no vio nada. Los vampiros parecían atender sus propios asuntos, o ninguno, en realidad, ejecutando en desorden sus movimientos erráticos por todas partes. Al fin, un movimiento en el margen de su línea de visión le llamó la atención: era un hombre, al menos parecía un hombre, pero recubierto de sangre. Había levantado un brazo en el aire para llevarse un dedo a la boca. Sus ojos blancos destacaban en un océano rojo.

—Ssssh —repitió.

Urighuen se quedó mirándolo. Definitivamente era un hombre, y no un monstruo: lo supo porque sus ojos eran normales, y no blancos. Por lo demás, hubiera podido pasar por uno de ellos. Estaba tumbado y parcialmente escondido por un par de cuerpos que habían caído sobre él. La sangre cubría sus ropas, su cara y sus brazos. Su pelo sucio y desaliñado parecía el mocho de una fregona caído sobre su cabeza.

Urighuen no dijo nada. El hombre miraba a un lado y a otro y empezó a moverse con exquisito cuidado para colocarse boca abajo. Entonces empezó a arrastrarse hacia él.

¡Era un hombre! Una lágrima resbaló por su mejilla. No estaba solo en aquel escenario de pesadilla. Era... ¿acaso no era calle Nueva, por el amor de Dios? Si, era calle Nueva. La calle más transitada del centro, y él estaba llorando porque había visto a un hombre con vida.

Esperó a que estuviera bastante cerca.

–No hagas ruido –susurró el hombre.

Uriguen asintió.

El hombre recostó la cabeza sobre el suelo húmedo, luego estiró los brazos con mucha lentitud hasta asegurarse de que parecía un cadáver más.

–¿Estás bien? –preguntó.

Uriguen asintió.

–Bueno.

Uriguen dejó escapar un gemido apagado. Intentaba contener el llanto.

–No hagas eso, tío –dijo el hombre.

Uriguen sacudió otra vez la cabeza.

–Ni eso tampoco. Quédate... tranquilo. Si te detectan, irán a por ti, y no podré ayudarte, ¿me entiendes? No lo haré. Me quedaré como estoy mirando cómo te despedazan.

Uriguen no dijo nada.

–Llevo horas aquí esperando una oportunidad –continuó diciendo el hombre, en un tono de voz tan bajo que Uriguen tuvo que volver la cabeza para no perderse nada–. Es difícil, porque... nunca sabes cuándo uno de estos muertos va a levantarse. Puede ser el que está a tu lado. Impresiona... joder, claro que impresiona. Pero si te quedas quieto, no te ven.

Uriguen pestañeó, con la esperanza de que el hombre tomara eso como un sí.

–Mejor –dijo el hombre–. Si nos quedamos tranquilos, ya sabes, puede que consigamos salir de aquí.

El sonido desesperado de unos gritos de mujer llegaron de pronto hasta sus oídos. Uriguen se estremeció, pero el hombre permaneció inalterable, sin mover siquiera los ojos, como si hubiera estado oyendo sonidos similares toda la noche, tal vez todo el día. Un grupo de espectros se estremeció como si hubieran aplicado electricidad en sus cuerpos y empezaron a moverse en dirección al sonido.

–Eso es –susurró el hombre, hablando tan despacio como podía–. Eso es lo que esperamos. Algo que los aleje de aquí. Tan pronto tengamos el camino libre quiero ir hacia... –movió los ojos– allí, detrás de ti. Ese portal abierto. Tengo la impresión de que... vamos a estar aquí escondidos durante mucho tiempo, y no creo que dormir en mitad de la calle con la cara

metida en un charco de sangre sea buena idea. Intentar ir más lejos es un suicidio.

Urighen asintió de nuevo.

—Estuve pensando en qué pasaría si me quedo dormido y me muevo mientras duermo, ¿sabes?

Urighen tuvo la seguridad de que no se quedaría dormido en semejante situación, pero siguió escuchando.

—O si estornudo. Tengo frío. Mucho. Soy demasiado delgado. Si estornudo, no sé qué pasará.

Los gritos de mujer se acentuaron, degenerando en un tono agudo que fue apagándose en la distancia. Urighen cerró los ojos y apretó los dientes. Sabía lo que ese sonido significaba. Era inequívoco.

—Ocurre todo el tiempo —dijo el hombre, sonriendo por primera vez—. Te acostumbrarás.

Ruidos lejanos. Los espectros proferían ruidos guturales a su alrededor, como si se entregaran a una suerte de cántico sobrenatural.

—¿Sabes por qué no nos ven? —preguntó el hombre.

Urighen no dijo nada.

—Puede que sea porque no nos movemos, pero también creo que es por la sangre. Creo que somos como ellos. Míralos. ¿Los has visto bien? Están... muertos. Son putos cadáveres, por mucho que se muevan.

Urighen pestañeó, confuso.

—Lo sé. Pero llevo horas observándolos. He visto algunos con heridas tan jodidas que deberían estar aullando de dolor. Los he visto andar con los brazos cortados. Los he visto moverse con el pecho abierto y las tripas colgando. Y se comportan como si acabaran de salir de la puta peluquería.

Urighen se quedó otra vez en silencio.

—Ya sé cómo suena, pero es la verdad —le aseguró el hombre.

Urighen se quedó mirándolo.

—Tendremos nuestra oportunidad —dijo el hombre sin dejar de susurrar—. Esta tarde ocurrió algo, en alguna parte, y la calle se quedó casi vacía. Se movieron todos hacia algún lado. —Hizo una pausa—. Tenía que haberme largado entonces, pero tuve miedo. Todavía no comprendía lo que pasaba. Ahora sé más de ellos. ¿Quieres saber qué otras cosas sé?

Urighen iba a asentir, pero algo apareció detrás del hombre, una cabeza, una figura que se acercaba hacia ellos con movimientos espasmódicos, empujado por una curiosidad animal, atraído sin duda por los susurros. El hombre no podía verlo, estaba demasiado enfrascado en su conversación y

ahora hasta hablaba más deprisa. Le brillaban los ojos mientras le contaba sus descubrimientos.

—...muy lentos. Luego cogen velocidad, pero al principio les cuesta coordinarse. Tardan mucho en reaccionar, sobre todo...

Uriguen clavó los ojos en él y los movió de arriba abajo para intentar advertirle.

—...como un tren cuando arranca. Eso te da un buen margen. Pero cuando corras, no hagas ruido, no grites. El sonido...

Uriguen empezó a pestañear, abriendo y cerrando los ojos con rapidez.

El hombre se interrumpió y abrió mucho los ojos. Por fin parecía haber captado que algo iba mal. Contuvo la respiración justo en el momento en que un pie descalzo le pisaba la mano.

Uriguen se quedó tan inmóvil como pudo, a pesar de su respiración agitada. El miedo parecía querer hacerlo saltar, dar un brinco impulsado por brazos y piernas y salir corriendo. No podía evitar mirar hacia arriba para ver si aquel vampiro salido de la tumba tenía sus ojos blancuzcos clavados en ellos... en él; pero cuando lo hacía, advertía que ese simple movimiento podía delatarlo e intentaba, sin resultado, mantenerlos cerrados.

Era una mujer. Una mujer bonita, por añadidura. Sus facciones eran hermosas por mucho que el maquillaje resbalara como un tizne negro por sus mejillas. Su boca entreabierta dejó escapar un sonido grave y arrastrado, como el del agua en una cloaca. Parecía una pregunta, un interrogante, y Uriguen sabía lo que esa pregunta decía: «¿Qué pasa aquí?».

¿Qué pasa aquí? ¿Qué pasa?

Cerró los ojos. A esas alturas no podía pensar en escapar, no podría ser lo bastante rápido, y lo más probable era que atrajese la atención del resto de monstruos. Recordó los gritos de la mujer. ¿Cuánto tiempo había estado gritando? ¿Medio minuto? ¿Quizá menos?

Cerró los ojos y esperó.

Un grito desgarrador le hizo dar un brinco. Abrió los ojos para ver cómo el hombre se incorporaba con rapidez. La mujer estaba lanzando sus brazos hacia él. No sabía qué había pasado, pero algo había hecho que el hombre abandonara su estrategia para intentar salir corriendo. El miedo, probablemente. La cercanía y la inmediatez de una promesa de muerte, con seguridad.

Uriguen permaneció quieto. El hombre empezó a alejarse por la calle, corriendo tan rápido como pudo. Algo ocurrió con sus piernas, sin embargo, porque cuando apenas había recorrido unos metros, empezó a cojear y escorar a la derecha. A su alrededor todo se puso en marcha. Los vampiros

aullaron, el sonido de pisadas golpeando el asfalto con zapatos brillantes de sangre tejió un entramado de frenéticos golpes de tambor, como los que usaban en las guerras tribales. Uriguen cerró los ojos y apretó los dientes mientras su corazón latía deprisa.

El hombre gritó otra vez. Ruidos. Ruidos. Ruidos que lo perseguirían durante semanas y meses. Ruidos de carne desgarrada, de zarpas, de dientes, ruidos animales.

—¡ÉL TAMBIÉN ESTÁ VIVO, HIJOS DE PUTA, ESTÁ VIVOO!

Uriguen escondió la cabeza bajo el brazo y se entregó a un llanto silencioso. Pensó que...

Pensó que el hombre tenía razón, que el suelo estaba frío y húmedo y que un estornudo podría atraer la atención de todos aquellos monstruos, pero decidió que tendría que arriesgarse.

No pensaba moverse en mucho, mucho tiempo.